

CIBERLIBROS

Miquel Barceló

Todos sabíamos que un día u otro ocurriría. Pero preferíamos pensar que faltaba todavía bastante para llegar al libro electrónico. Pero ya está aquí. Y parece haber venido para quedarse.

Allá por el siglo IV, los códices (ese artilugio, entonces novedoso, que consta de páginas separadas unidas por una costura para su encuadernación) empezaron a sustituir a los viejos rollos. Unos rollos que hoy están ya en desuso, aunque algunas religiones, como la judía, sigan prefiriendo ver su libro sagrado, la Torá, en forma del clásico y hoy obsoleto rollo.

El precedente de los códices, de los modernos libros, procede incluso de más atrás en el tiempo, de los dípticos de la vieja Roma, unas tablillas de madera encerada unidas por una especie de bisagra. Con un estilete (estilo) se hacían marcas en esa superficie interior encerada.

Hasta hoy, el libro ha sido la forma habitual de almacenar información. Es superior al rollo por la facilidad de encontrar un pasaje específico. También resulta más sencillo de almacenar y si no que se lo digan a esos grandes almacenes del saber moderno como son las Bibliotecas de las que, posiblemente, una de las mayores del mundo (se dice que con casi 140 millones de documentos) sea la famosa Biblioteca del Congreso de Estados Unidos de Norteamérica, una de las más conocidas.

Todo eso está, en cierta forma llegando a su fin. El almacenamiento digital supera y con mucho al que permite el viejo pergamino o el papel.

Pero en el momento de la lectura los viejos hábitos persisten: nos hemos acostumbrado a oler la tinta, a tocar el papel, a girar las páginas. Algunos convierten en bandera esa "materialidad" del viejo libro. Pero, desengáñense, ese "viejo artilugio" que es el libro parece tener sus días contados.

Quedará en pocos años sustituido, en el consumo de masas, por los nuevos libros digitales o electrónicos, sobre todo cuando aparezcan estándares de lectura o uno de los sistemas ya existentes se apodere de la mayor parte de un mercado promisorio que, sí, va a cambiar nuestros hábitos de lectura queramos o no.

Recuerdo todavía una vieja novela de ciencia ficción de Ben Bova, un escritor estadounidense. Se titulaba *Cyberbooks* y se publicó en 1989. En ella, un personaje llamado Carl Lewis (sic), un genio de la informática "inventa" el ciberlibro, un nuevo dispositivo electrónico que, a muy bajo costo (y hoy añadiríamos de manera ecológica con ahorro de papel...) permite acercar la palabra escrita a las masas. Pero el nuevo artilugio no convence a todos: hay muchos intereses creados y ante los cambios que se divisan en el horizonte del futuro incluso los autores amenazan con la huelga y la novela se convierte en un thriller ameno y curioso. Un thriller, eso sí, desencadenado por un invento que, hace veintiún años, parecía una locura de ciencia ficción.

Pero hoy ya no es ciencia ficción. Hay ya diversas opciones posibles y, si bien estas pasadas navidades no han sido todavía las navidades del libro electrónico (al menos en España), sí prometen serlo las próximas. El *Kindle* de Amazon, el nuevo *Ipad* de Apple parecen haber arrancado con fuerza, entre otras marcas también existentes, para empezar a sugerir que el inevitable cambio está cercano.

Hay todavía muchas personas reticentes como, tal vez, las hubiera también en su día ante el teléfono móvil u otros artilugios electrónicos que hoy son habituales y hace una veintena de años la idea de que llegaran al gran público parecía una completa utopía.

Algo parecido va a ocurrir con el libro electrónico, ése que a mi me gusta llamar, en recuerdo de Ben Bova, "ciberlibro". Y el cambio se está haciendo con gran delicadeza: en el nuevo Ipad de Apple, cuando uno gira hoja, la imagen se dobla como si de una hoja de papel real se tratara. Nadie puede decir que el nuevo artilugio no se está introduciendo con suavidad. Aunque los viejos lectores puedan decir que no huelen la tinta y que les gusta "tocar" la hoja de papel, lo cierto es que el futuro se acerca a marchas forzadas.

Hay que estar preparados.